

Volumen XIII Noviembre 1.º de 1917 Número 130

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXVII

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, noviembre 1.º de 1917

META TON ΣΕΙΣΜΟΝ

ΟΜΙΛΙΑ ΤΟΥ ΑΓΙΟΥ ΧΡΥΣΟΣΤΟΜΟΥ

DESPUES DEL TERREMOTO

Homilía de San Juan Crisóstomo

(La ciudad de Antioquía, tan célebre en la historia del cristianismo naciente como que en ella estableció primeramente su cátedra San Pedro y en ella los discípulos de la nueva fe tomaron por primera vez el nombre griego de χριστιανοί cristianos, fue en repetidas épocas azotada por el flagelo de los terremotos.

Una de estas catástrofes ocurrió dentro del decenio de 387 a 397 en que San Juan Crisóstomo, ordenado ya sacerdote y antes de ser elevado a la Silla Patriarcal de Constantinopla, se encontraba residiendo en Antioquía. Contaba ésta doscientos mil habitantes, de los cuales la mitad eran gentiles y la mitad cristianos, y el Crisóstomo estaba a la sazón postrado en el lecho del dolor en un sitio algo distante de la ciudad. Una muchedumbre de fieles acudió en procesión hasta su retiro para pedirle el consuelo de su palabra elocuente. Entonces el celoso orador predicó la presente homilía).

CONTENIDO

Después del terremoto...	SAN JUAN CRISÓSTOMO
Mensaje del hogar.....	NICOLÁS BAYONA POSADA.
Suárez el Eximio en Colombia.....	J. F. FRANCO QUIJANO.
Ratón Pérez.....	LUIS COLOMA, S. J.
Una Santa Colombiana..	JUAN A. ZULETA.
Estudios antropológicos.	LUIS MARÍA MORA.
Una obra importante.	
Un gran filólogo americano.....	MIGUEL DE TORO Y GOMEZ.
Acuerdo de la Consiliatura.	
Proposiciones de las Cámaras.	
In memoriam.	
Duelo nacional.....	J. A. Z.
Grado en jurisprudencia.	
Clausura de estudios.	
Índice por materias.	
Índice por autores.	

I

Si a mí la enfermedad me impidió celebrar con vosotros la reciente festividad espiritual, a vosotros en cambio no os ha detenido la fatiga de esta peregrinación. Y aunque el cansancio os ha traído aquí inundados de sudor, con todo, el anhelo de la instrucción ha trocado en mí la enfermedad en salud y en vosotros ha dulcificado la fatiga con el canto de los salmos. Hé aquí por qué ni el enfermo ha atado su lengua con el silencio, ni los que estáis rendidos de cansancio os habéis privado de escuchar la predicación; antes bien, al sonido de la palabra, el padecer mío cedió el campo, a la voz de la instrucción ha huído de vosotros la fatiga.

La flaqueza y el trabajo son patrimonio del cuerpo, mas la instrucción es dón y medicina del alma, y cuanto el alma es más excelente que el cuerpo, tanto son de mayor estima sus bienes. Por eso, aunque no sólo me lo estorbaba la enfermedad sino también mil otros obstáculos, no he cesado de estar vinculado a vuestro afecto ni me he negado hoy a tomar parte en esta hermosa fiesta. Un instante há me encontraba clavado en el lecho, mas Dios no consintió que me consumiese del todo esta hambre voraz, que si a vosotros os devora el hambre de oír la divina palabra, a mí no me devora menos la de predicarla.

No de otra suerte una madre extenuada por aguda dolencia preferiría mil veces alargar el exhausto pecho a su hijo que verle descaecer de inanición. Saque, pues, fuerzas mi cuerpo. Porque ¿quién no vertería gustosamente la sangre por vosotros que de tanta piedad estáis animados y de tan vivo deseo de oír la enseñanza, por vosotros que tamaña penitencia os habéis impuesto ante un leve trastorno de los tiempos? No reparáis en si es día o noche, sino que entrambos tiempos los convertís en día, no porque mudéis el curso de las cosas, sino

que iluminando las noches con piadosas veladas, las pasáis insomnes, triunfando de la tiranía del sueño, porque el amor de Cristo ha vencido en vosotros la debilidad de la naturaleza.

Os habéis emancipado de la carga del cuerpo para imitar a las celestes potestades, soportando la vigilia, el prolongado ayuno, la fatiga de tan larga romería, fatiga según la carne, alivio según vuestro ardimiento. Este, el fruto del temor; éste, el beneficio del terremoto, beneficio que a los pobres colma la medida y a los ricos se la traspasa, no haciendo distinción entre pobreza y riqueza. No bien se hizo sentir el terremoto, borró al punto todas las diferencias de la vida humana. ¿Dónde están ahora los que vestían seda? ¿Qué se hizo el oro? Todo aquello ha desaparecido con más facilidad que se rompe una telaraña y con más prontitud que se marchitan las flores de primavera.

II

Mas ya que veo vuestra mente tan bien dispuesta, quiero ofreceros una mesa más abundante. Veo vuestros cuerpos agobiados, pero vigorosa vuestra alma. Copiosas fuentes de sudor os inundan, pero ellas purifican vuestra conciencia. Pues si los atletas llegan hasta a bañarse en sangre por unas hojas de laurel, que hoy se alcanzan y mañana están marchitas, con cuánta mayor razón es bueno que en mira de la virtud al poner vosotros el pie en la arena del merecimiento no cedáis a la fatiga ni os rindáis a la molicie!

Este concurso que me asedia es mi corona y cada oyente de entre vosotros para mí vale tanto como la ciudad entera. Porque, mientras otros allá enguinaldan las copas o se reúnen en satánicos convites o se aderezan una opípara mesa, vosotros habéis celebrado una velada tan pura, habéis dignificado la ciudad con la santa huella de vuestros pies, habéis consagrado, mi-

diéndola con vuestro andar, la plaza pública y santificado, en fin, el ambiente. Pues acontece que hasta el aire se hace santo con el cantar salmos, en conformidad con lo que habéis oído hoy en las palabras de Dios a Moisés: *El paraje que pisas es tierra santa.* (Exod., III, 5) (1).

Sí, habéis santificado el suelo; las calles, la plaza, la ciudad, las habéis hecho un templo. Y al modo que un torrente que se precipita llevando una corriente caudalosa todo lo arrolla, así también el torrente espiritual, el río de Dios, el que alegra la ciudad de Dios, rebosó de aguas y barrió el pútrido fango de la impiedad. No queda ya ningún disoluto, digo mejor, si le hay se convierte; oye la voz de los cánticos, y se reforma su conciencia; penetra en su interior la melodía, y múdase la impiedad, se pone en fuga la pasión de la codicia.

Y si por acaso no huyen, al menos, como se ocultan las bestias salvajes durante el invierno, así los pensamientos licenciosos corren a esconderse, y, a la manera que las serpientes cuando el frío hiela su cuerpos se sepultan bajo tierra, esas pasiones, ignominiosas y serviles, se hunden en no sé qué abismos. Y, cierto, avergüenzanse de ellas los mismos que las arrastran; sí, las arrastran pero ya muertas, porque vuestras melodías han obrado en ellas el efecto que la estación del invierno en las serpientes. Penetra la voz en el oído de un codicioso, y si no le quita la pasión, al menos se la amortigua; penetra en el de un libertino y soberbio, y, ya que no dé muerte a su liviandad y soberbia, las fuerza a soterrarse en sus madrigueras. Y no es poco que la maldad pierda de su descaro y petulancia!

(1) Ὁ γὰρ τόπος ἐν ᾧ ἐστηκας γῆ ἁγία ἐστίν. (Exod. III, 5).

III

Os dije ya lo grande que ha sido el fruto que se ha derivado de los terremotos. ¿Y no veis la benevolencia del Señor para con nosotros: estremece la ciudad para consolidar nuestra mente, sacude los cimientos para afirmar nuestras conciencias, intima ruina a los muros para fortificarnos el alma? Parad mientes en su amor a los hombres: nos ha conmovido por un poco de tiempo y nos ha asegurado para siempre; por dos días se ha dilatado el temblor, permanezca en todo tiempo la piedad; transitoria ha sido la consternación, mas vosotros os habéis arraigado de una manera estable.

Porque bien sé que con el temor de Dios ha echado raíces vuestra piedad, y aun cuando la tribulación pase, permanece su fruto; ya no lo sofocan las espinas, ni lo arrasa la lluvia torrencial, ¡maravilloso cultivo ha labrado en vosotros el temor viniendo en auxilio de mí palabra! Yo callo y hablan los cimientos sacudidos; enmudezco y el terremoto lanza una voz más penetrante que una trompeta, diciendo: «*Clemente y compasivo es el Señor, largo en sufrir y de mucha misericordia,* (Psalm. CII, 8-9) (1); héme aquí, no para hundiros, sino para despertar vuestro brío. Os he espantado no para entristeceros sino para haceros más diligentes. Aplicaos con esmero a oír la palabra; cuando ésta perdió su eficacia, dio voces el castigo; cuando descaeció la predicación, salió por ella el temor. Esto vengo a amonestaros con brevedad haciendo lo de mi parte; cuando os haya estremecido os entrego en poder de la palabra a fin de que ella no quede estéril; sé hallar las piedras y las espinas que pululan, y limpio la heredad, a fin de que la palabra esparza con profusión la semilla.»

(1) Οἰκτίρων καὶ ἐλεήμων ὁ Κύριος, μακρόθυμος καὶ πολυέλεος. (Psalm. CII, 8-9)

¿En qué os ha hecho daño el estar atribulados por un poco de tiempo? De hombres os hicisteis ángeles; os habéis transportado al cielo, si no con la mudanza del lugar, al menos con la de las costumbres.

IV

No por lisonja os he dicho lo que acabáis de oír; sirvanme de testigo los hechos. En efecto ¿qué habéis omitido en punto a penitencia? Habéis desechado la envidia, desterrado las rastreras pasiones, plantado la virtud, perseverado toda la noche en santa vela, con mucha caridad y voluntad sostenida. Nadie se acuerda de usuras, nadie entiende de avaricia y no sólo las manos están limpias de pecados sino también la lengua libre de injusticia y vituperio; ninguno injuria al prójimo, ninguno asiste a satánicos festines; puras están las casas y purificada la plaza; cae la tarde y por ninguna parte aparecen los coros de jóvenes cantando las coplas del teatro.

Hay coros, es cierto, pero no de libertinaje; danzas, pero de buenas obras; son de oírse en público cantares sagrados y, a domicilio, himnos y salmos; cierra la noche, y hélos a todos en la iglesia, en este puerto tranquilo, en esta serenidad resguardada de las olas. Juzgaba yo que después de uno o dos días el velar tendría abatidos vuestros cuerpos; empero ahora cuanto más se extiende la vigilia tanto más crece vuestro fervor. Rindiéronse los cantores y vosotros revivís, languidecieron ellos y vosotros cobráis nuevo aliento.

Decidme ¿dónde están ahora los ricos? Aprendan la sabiduría de los pobres. Aquéllos están tendidos en el lecho, mientras que los pobres sobre el duro suelo, no acostados sino hincadas las rodillas, imitan a Pablo

y a Silas (1). Orando éstos hicieron estremecer la prisión, orando vosotros reafirmáis la conturbada ciudad. En sentido contrario se desarrolló el efecto de los acontecimientos, mas entrambos redundaron en gloria del Señor. Porque aquél sacudió la cárcel para sacudir la conciencia de los infieles e intimidar al alcaide a fin de anunciarles la palabra de Dios, y afianzáis vosotros la ciudad a fin de calmar la justicia divina; desenvolviéronse los dos sucesos con diferente economía pero con un mismo designio.

Regocijome, pues, no tanto porque se ha tranquilizado la ciudad cuanto porque se ha tranquilizado debido a vuestras plegarias; los salmos que habéis entonado han venido a ser sus más sólidos cimientos. Arriba

(1) Alude al siguiente pasaje de los Hechos de los Apóstoles: « Los magistrados mandaron que, rasgándoles las túnicas (a Pablo y a Silas), los azotasen con varas. Y después de haberles dado muchos azotes, los metieron en la cárcel, aperciendo al carcelero para que los asegurase bien. El cual, recibida esta orden, los metió en un profundo calabozo, con los pies en el cepo. Mas a eso de la media noche, puestos Pablo y Silas en oración, cantaban alabanzas a Dios, y los demás presos las estaban escuchando, cuando de repente se sintió un gran terremoto, tal que se meneaban los cimientos de la cárcel. Y al instante se abrieron de par en par todas las puertas y se les soltaron a todos las prisiones. En esto despertando el carcelero y viendo abiertas las puertas de la cárcel, desenvainando una espada iba a matarse, creyendo que se habían escapado los presos. Entonces Pablo le gritó con grande voz: 'No te hagas ningún daño, que todos sin faltar uno estamos aquí.' El carcelero entonces habiendo pedido luz, entró dentro y estremecido se arrojó a los pies de Pablo y de Silas, y sacándolos afuera les dijo: 'Señores, ¿qué debo hacer para salvarme?' Ellos le respondieron: 'Cree en el Señor Jesús, y te salvarás tú y tu familia.' Y enseñáronle la doctrina del Señor a él y a todos los de su casa. El carcelero en aquella misma hora de la noche, llevándolos consigo, les lavó las llagas; y recibió el bautismo así él como toda su familia. Y conduciéndolos a su habitación, les sirvió la cena, regocijándose con toda su familia de haber creído en Dios.»—(Hechos de los Apóstoles, XVI, 22 a 34).

sonaba la justicia, abajo vuestros clamores; a la cólera que de lo alto se desbordaba contúvola desde el suelo vuestra oración. Abriéronse los cielos y bajó la sentencia: la espada aguzada, la ciudad sobre el polvo, la ira inexorable! De nada, empero, tuvimos necesidad sino de penitencia, de gemidos y de lágrimas, y todo desapareció. Había Dios dictado su fallo, y nosotros dispámos su indignación.

No se engañaría quien os aclamase guardianes y salvadores de la ciudad. ¿Qué ha sido de los magistrados? ¿Qué de los magnates? Vosotros sí que fuisteis de veras los custodios de la ciudad, sus baluartes, su muralla, su sostén. Pues aquéllos, por su depravación, pusieron la ciudad al canto de su ruina, y vosotros, por vuestra familiar virtud, la habéis mantenido incólume. Y si alguno fuere interrogado de por qué tembló la ciudad, es cosa reconocida que por los pecados, por las usuras, por las injusticias, por las transgresiones de la ley, por la ambición, por las liviandades, por la falsedad. ¿Y de quiénes? De los ricos. En cambio, si se pregunta por qué se ha salvado la ciudad, es igualmente reconocido que por el canto de los salmos, por las oraciones, por las vigilias. ¿De quiénes? De los pobres. Lo que conturbó la ciudad, de ellos provino; lo que la ha asegurado, es cosa vuestra; vinisteis a ser, pues, sus guardianes y procuradores.

Pero pongamos ya aquí remate a este discurso perseverando en velar, en cantar salmos y en dar gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.—Amén.

(Traducido del texto griego por Francisco M. Renjifo).

